

El Héroe y el Bandido

XXIV

Por entre los vericuetos y precipicios del Rayarit, ginetes y sendas esquiladas mulas, caminaban una mañana de Abril de 1872 dos extraños personajes: el uno, corpulento y vigoroso, trigueteo, de fisonomía dura, vestía el traje de cura de pueblo aunque no lo parecía; y el otro, menos recio de complexión y tipo de la más acabada vulgaridad, con chaqueta y pantalones de cuero, seguía como un mozo de estribo, bregado penosamente con el fatigado animal. Con frecuencia, el clérigo, al ruido de una piedra que rodara o de una hoja que cayera, detenía medroso a su cabalgadura, temblaba hasta hacer tin tin con las espuelas, miraba hacia todos lados y, cuando se reponía un poco del

espanto, volvía la cara a su mozo de estribo.....

- No has oído, Pedro? Alguien anda por aquí.....

- Es el viento, Señor.

- No, he visto rodar una piedra...

- Alguna ardilla, mi General.

- Christ! Por el amor de Dios! No me llames General.

- Padre José, quise decir.....

Siguieron caminando silenciosamente algunas horas. De repente, al dar vuelta a un recodo, se encontraron frente a frente con una partida de indios lozadeños, que después de dormir la siesta bajo un maguey, proseguían su marcha en desorden, ya macheteando los inofensivos árboles del camino, ya enterrando los aires nacionales del Rayarit. Un viajero cualquiera habría corrido peligro de muerte al tropezar con

semefantes héroes; pero un eclesiástico,
un sacerdote, no solamente no
podía temer una aventura como
aquella, sino por el contrario, la
hubiera deseado como la más grata
bienaventuranza. Y razón había para
ello: no bien hubieron distinguido al
paducito los indios, cuando casi
unánimemente se quitaron sus anchos
sombreros y fueron de uno por uno, in-
clinando la cabeza, á pedir la
mano del paqesito para besarla.
Al tumulto de la Soldadesca su-
cedió el desfile de los penitentes: el sa-
cerdote daba su mano á besar con
seráfica negligencia, en tanto que
su mozo de estribo recibía pre-
sentes en metálico y comestible para
el paqesito. Cuando el desfile hubo
terminado, el sacerdote, empujado
en los estribos, comenzó á distribuir
bendiciones, en tanto que la columna

losadeña, devotamente, se iba per-
diendo en la hondonada.

Deceas iter, et socra ostia.

- ¿Qué dice Ud, Se... Padre?
- Que los despidió con el primer
latigazo que se me ocurre. De buena
hemos escapado.....

Y cuando espuelas llegaban
al tardar la tarde al pueblo de
San Luis de Lozada.

El que hacía de sacerdote se
llamaba Porfirio Díaz.

El que hacía de mozo, Pedro Salván.

Una de las habilidades más
apreciables del Sr. Díaz, ha sido la
de vestir impunemente toda clase
de disfraces. Es el hombre de las trans-
formaciones y metamorfosis, así en
lo físico como en lo moral. En lo
físico, no pueden superarle Garrick,

Falma ó Coquilla: con el mismo desparpajo se cala los lentes y la peluca del Dr. Rodriguez de la Rosa que la sotana del Padre José. En lo moral, el revoltoso consuetudinario de ayer es hoy el ardiente amigo de la paz; el incendiario del año de 71, fomenta un cuerpo de bomberos en 88; el abigeo de 74, aconseja la propagación del ganado vacuno en 87; el infatigable obstructor del camino de hierro de México á Veracruz en 1875, distribuye concesiones de líneas férreas en 1877; el que en 1873, en una carta dirigida á un compañero de armas ultrajaba al cuerpo de abogados 'llamándote hospital de tinta, preside más tarde reuniones de esos mismos juriconsultos.....

Pero basta ya de digresiones y vamos al hecho capital: á la entref-

vista del Sr. Díaz con el llamado Figue de Oblica, dejo la relación de los hechos al Sr. B... quien tuvo oportunidad de conocerlos en sus más frívolos detalles:

"Fepic, Mayo de 1872 - Sr. Herdo: se habla y se comenta mucho aquí un suceso que parece inverosímil y que por sus curiosas circunstancias paso á referirlo, aunque ya el telégrafo habrá dado á conocer en fersa una parte de él. Me refiero al Caballero Andante Don Porfirio Díaz: anoche, estando de visita en la casa del Sr. Vidal se contó la historia como sigue: - A fines del mes último, el Gral. Díaz, disfrazado de eclesiástico y acompañado de un tal Gral. Galván, llegó á San Luis, para mendigar el apoyo y protección de la fada. Costos trabajos á Díaz conseguí

que aquel lo recibiera; por fin, después de mil humillaciones, Porfirio obtuvo la implorada entrevista. Horzada lo recibió en pie y con el sombrero puesto; el Sr. Díaz y entró seguido del insignificante Galván, con el sombrero en la mano, riendo melosamente como lo hace con todos los hacendados a quienes va a pedir dinero. Quiso abrazar a Horzada, pero éste se contentó con darle la mano friamente. Algo desconcertado Díaz por esa inesperada recepción, comenzó por adular a Figuer de Alca, diciéndole que ardía en deseos de conocerlo y que se honraba en darle la mano. Terminó su memorable arenga con estas palabras: "Perseguido en todas partes, vengo a refugiarme en esta tierra de libertad; aquí diferencia de Juárez el despota, a Miguel Horzada, a quien se calumnia porque no se conoce y al cual yo

me siento honrado tendiéndote la mano." Repugno al bandido Horzada la mendicidad del héroe? Porque al día siguiente un Secuar del Pacique ordenó al Sr. Díaz que saliera del territorio militar....."

x
x x

Al día siguiente de recibir esa singular epístola, me dirigí a la Presidencia para referir al Sr. Juárez lo acaecido. Desdoblaba ya la carta para mostrársela, cuando deteniéndome con la mano, dijo el presidente: "Estoy seguro de que se trata de nuestro gran vagabundo..... de mi paisano Porfirio Díaz."

Exactamente. ¿lo ha presentado Ud.? Es que me ha escrito de Tepic prometiéndome armar una celada en la que caiga Horzada, siempre que se le recompense con..... Pero es que ha comido el pan

880
y la sal en la mesa del Cacique...
... no puede pagarle con una
traición...

— ¿No? Lea Ud.....

Preparativos de marcha.

XXV

El día 15 de Noviembre de 1876, el Sr. Romero Rubio, que me había aconsejado constantemente medidas de represión, entraba al despacho de la Presidencia intensamente pálido, conmovido; sus ojos, de continuo inquietos, ese día parecían dislocados por una conmoción nerviosa. Sus labios, más blancos que la pechera de mi camisa, palpitantes y secos, no podían dejar salir una sola frase. Compadecido de su estado, le ofrecí a servirme una copita de un exquisito cognac que tenía a la mano. Cuando se hubo repuesto después de haberla bebido, el Sr. Romero Rubio, vertiendo lágrimas en el esparmo de un suspiro, díjome emocionado:

— No hay esperanza, Sr. Lerdo, esta